

La paz, la seguridad y el desarrollo de América Latina*

Pablo González Casanova**

Limitaciones del esquema ideológico de la posguerra

Me interesa señalar las limitaciones de una perspectiva general que impide la comprensión de algunos problemas inesperados sobre la paz, la seguridad y el desarrollo de América Latina.

* N. E. El presente trabajo fue publicado originalmente por Pablo González Casanova en 1987, en el libro coordinado por José Agustín Silva Michelena, *Paz, seguridad y desarrollo en América Latina*, Venezuela, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales/Universidad de las Naciones Unidas/Nueva Sociedad. La obra reúne los trabajos presentados en el Seminario Regional “La Paz, la Seguridad y el Desarrollo de América Latina”, que se llevó a cabo en la ciudad de San José, Costa Rica, del 21 al 23 de noviembre de 1984. El Seminario formó parte de las actividades del Programa “La paz y las transformaciones del mundo”, en el que participaba Silva Michelena, de la Universidad de las Naciones Unidas, de la cual Pablo González Casanova fue asesor de 1982 a 1988. En la “Presentación” de la obra, Silva Michelena expone la necesidad de que en América Latina y el Caribe las ciencias sociales integren sus preocupaciones y situaciones a los problemas mundiales que amenazan a toda la humanidad: “Los estudios sobre la paz y la seguridad han recibido escasa atención por parte de los científicos sociales latinoamericanos. En nuestro continente, generalmente se pensaba que esos eran temas para ser estudiados por los científicos de países desarrollados, que viven bajo la permanente amenaza de una guerra nuclear. Sin embargo, el hecho de que desde principios de los años 1950, casi todas las confrontaciones bélicas importantes se han producido en el Tercer Mundo y la creciente convicción de que, de una forma u otra, esos conflictos guardan relación con la situación de explotación y miseria, ha hecho cobrar conciencia de que la paz y la seguridad están íntimamente relacionados con el desarrollo. Por otra parte, el hecho de que en varias oportunidades la paz mundial ha estado en peligro como consecuencia de eventos ocurridos en el Tercer Mundo, como lo es el caso de la llamada “Crisis de los Misiles” en Cuba, en 1962, muestra claramente que el tema nos es de vital importancia. Finalmente, en la medida en que se ha ido expandiendo la conciencia de que una confrontación entre las grandes potencias seguramente erradicaría la vida del globo terráqueo, cualquiera que sea el sitio inicial donde comience la guerra, ha estimulado la idea de que los problemas de la paz son problemas de la humanidad como un todo, puesto que está en juego la supervivencia del género”. Recuperamos el trabajo de Pablo González Casanova en un momento en que las guerras y los exterminios desplegados por las potencias capitalistas –nucleares y económicas–, en diferentes regiones de la periferia mundial, pueden poner fin a la humanidad y a la vida tal y como la conocemos. Pablo González Casanova denuncia que las categorías de las instituciones internacionales –y de muchos internacionalistas– no perciben la existencia del *multisistema colonial*, ni mucho menos comprenden su *carácter aniquilador*. Las categorías del “pensamiento oficial” y las “respetables formas científicas” nos hacen ciegos ante los procesos que pueden hacer estallar una *tercera y última guerra mundial*. El escrito de González Casanova nos vuelve a recordar la necesidad de realizar investigaciones que relacionen la paz con las guerras, la seguridad con las luchas entre potencias, y el desarrollo con la explotación y la miseria, y todos estos problemas con el multisistema capitalista

De hecho, entre los científicos sociales como en muchos líderes de nuestro tiempo no se rompe el esquema ideológico de la posguerra. Desde entonces existe un cierto pensamiento oficial e internacional vinculado a la organización de las ciencias y la cultura que está ligado a cierto tipo de sentimientos –objetividad, optimismo–, de lenguaje –técnico, científico– y de conceptos –orden mundial, desarrollo–, muy contrarios a la realidad histórica con la que nos encontramos varias décadas después de la fundación de las Naciones Unidas y de la firma de los convenios de Bretton Woods. Pero ni la historia real, ni la situación coyuntural, ni las verdaderas estructuras y pautas que han cobrado en estos años los problemas de la paz, de la seguridad y del desarrollo cambian nuestra visión, nuestros símbolos, nuestras preocupaciones oficiales, públicas, nacionales o internacionales.

Si tomamos el concepto de desarrollo de fines de los cuarenta y principios de los cincuenta vemos que por entonces se descartaba del panorama teórico, científico y político la existencia de los ciclos económicos y la posibilidad de una nueva crisis. Es más, el supuesto oficial del pensamiento consistía en afirmar que a la recuperación europea, y al desarrollo económico, social y cultural del Tercer Mundo habría de acompañar la estructuración de un orden mundial relativamente racional y más o menos apegado a la Carta de las Naciones Unidas.

Es cierto que al inicio de la Guerra Fría en 1947 se plantearon problemas de conflicto y choque entre el llamado “mundo libre” y los países socialistas. Pero se siguió pensando que dentro del “mundo libre” seguían siendo válidos los conceptos, el lenguaje y los sentimientos de la Carta de las Naciones Unidas.

La Organización de Estados Americanos fue fundada en 1948. Su fundación constituyó, desde un punto de vista teórico, formal y jurídico, un acto de reconocimiento del orden de las Naciones Unidas. Es más, fue un acto de reconocimiento, por parte de todos los Estados signatarios (entre los cuales se encontraban los Estados Unidos de Norteamérica), de los principios de no-intervención y autodeterminación de los pueblos consignados en la Carta, y defendidos durante más de un siglo por

y la construcción de alternativas democráticas, con autonomía y autodeterminación de los pueblos. La presente edición y las notas (N. E.) estuvieron a cargo de Omar Ernesto Cano Ramírez, co-responsable del presente número de *Estudios Latinoamericanos* dedicado a “Geopolítica y financiarización en América Latina”.

** Historiador y sociólogo mexicano. Profesor e Investigador Emérito de la UNAM. Fundó el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales en 1960, y el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades en 1986 –actualmente Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades. Fue Académico Honorario de la Academia Mexicana de la Lengua. Coordinó la enciclopedia electrónica *Conceptos y Fenómenos Fundamentales de Nuestro Tiempo* publicada por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. En 2018, el Comité Clandestino Revolucionario Indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) nombró a Pablo González Casanova “Comandante Pablo Contreras”.

los más distinguidos internacionalistas latinoamericanos, por las cancillerías más progresistas de América Latina, y por los pueblos latinoamericanos.

En 1984 aquellos conceptos de los años cuarenta y cincuenta no sólo se enfrentan a definiciones históricas y coyunturales que los contrarían sino que ocultan pautas del comportamiento histórico y estructuras de la actualidad social, económica y cultural que no registramos. Seguimos usando los mismos conceptos. Y esta rigidez intelectual, emocional y retórica nos aleja de la posibilidad de contribuir a la solución de problemas que pueden estallar no sólo a nivel regional sino mundial, y no sólo de aquí a fines del siglo xx, sino de aquí a fines de año, o aun antes.

Ninguna de las grandes hipótesis oficiales se ha cumplido a lo largo de estas cuatro décadas, y hoy nos encontramos con una crisis que por mantener los conceptos eufóricos del fin de la Segunda Guerra Mundial ni podemos comprender, ni podemos expresar, ni tenemos argumentos fundados, técnicos o retóricos, que nos permitan convencer de la bondad de ciertas medidas, de la urgencia de otras, y de la necesidad vital, para la seguridad y la paz, de otras más.

El multisistema colonial

El endeudamiento externo es el nuevo sistema colonial a nivel de las naciones. Se complementa con el de las empresas transnacionales y se apoya en las bancarias o financieras y en los gobiernos y ejércitos de los países postindustriales. Todos esos elementos constituyen un *multisistema colonial* que se beneficia del comercio desigual de bienes y mercancías, de la producción de materias primas y artículos industriales, con costos diferenciales en los salarios locales y de trabajadores migrantes muy favorables a las metrópolis y al capital, complementado con las altas tasas de interés y comisiones por créditos que se renuevan e incrementan en forma de tributos e impuestos nacionales, empresariales y financieros, que se suman a una relación de intercambio sistemática y crecientemente desfavorable para los países, regiones y empresas dependientes y más débiles. El multisistema funciona con una geografía de la negociación y de la represión en que ésta es mucho mayor en las naciones y regiones dependientes y en los momentos en que el ciclo económico atraviesa por sus fases de depresión y crisis. A la disminución de demanda de bienes y servicios de las unidades dependientes se añade entonces la baja en los precios de los mismos, y el incremento de barreras arancelarias y aduaneras, coincidentes con la expulsión de trabajadores migrantes que se encuentran en las metrópolis.

El multisistema ha adquirido tal fortaleza en el curso de la posguerra que en la crisis actual es capaz de regular cantidad y precios de mercancías, servicios y trabajo. Su fuerza es aún mayor en la capacidad que muestra para aumentar las tasas de interés, casi sin ninguna restricción o freno económico, político o diplomático.

La combinación de capital financiero y empresas multinacionales que se autofinancian les permite a éstas continuar su comercio intraempresarial con sobrefacturaciones y subfacturaciones adecuadas, y combinarlo con el desigual que practican con unidades externas de acuerdo con los requerimientos de un mercado transnacional, hecho de capas medias altas y de metrópolis estratificadas que a veces constituyen naciones enteras y otros grandes y pequeños enclaves urbanos, industriales y agro-industriales.

La fuerza del multisistema se revela también en su capacidad de usar las cantidades necesarias de energéticos controlando los incrementos de precios de los mismos, y el beneficio de éstos, e impulsando la sociedad de consumo por todas las vías de la publicidad y de las comunicaciones de masas, sin mayores límites o trabas para los desechos, la polución y la destrucción ecológica, y con el apoyo para las directivas y avanzadas del multisistema del conocimiento y el *know-how* científico y tecnológico más elevado, al que se añade el uso de las ciencias sociales como técnicas y racionalizaciones, como formas combinadas de control social-militar y policial, abierto o encubierto, y como formas de argumentación (retórica) y de legitimación (ética, histórica, religiosa).

El problema consiste en que el multisistema neocolonial no corresponde al tipo de unidades (Estados-nación) de las Naciones Unidas ni al pensamiento y al derecho sobre la solución de los problemas de la seguridad y la paz internacionales. Es más, el multisistema neocolonial, de una manera evidente, desde cualquier punto de vista histórico o estructural, no sólo es incapaz de promover el desarrollo económico, tecnológico y cultural de las *naciones*, sino que tiende naturalmente a un fenómeno de “*transnacionalización*” que junto con el regreso y la profundización de las crisis económicas y financieras despliega una política parecida a la de una guerra económica, ideológica, cultural, religiosa en la que los gobiernos socialdemócratas de los países postindustriales se ven obligados a colaborar con más o menos resistencia o incongruencia, y en la que desde luego colaboran de una manera mucho más coherente y eficaz los gobiernos neoconservadores y neoliberales. La fuerza de unos y otros frente al multisistema es muy débil en cualquier caso para la aplicación del derecho de interés público en el terreno interno y sobre todo en el terreno internacional.

Si en los países metropolitanos logra una cierta política de preservación de la naturaleza y los energéticos, si en ellos mantiene derechos y prestaciones para los empleados y los trabajadores que atenúan las confrontaciones internas, si colabora en el desarrollo de altas tecnologías que permiten a los polos más poderosos del multisistema abatir costos de producción y defenderse de la caída de la tasa media de utilidades, incluso en esos países los problemas de consumo irracional de energéticos, de destrucción de la naturaleza, de disminución de inversiones y gastos sociales, y de crisis o quiebra de medianas e incluso de algunas grandes empresas, son fenómenos que no pueden ignorarse. Pero en lo que se refiere a los países dependientes y a

las unidades de producción o servicios no articulados al multisistema, los gobiernos metropolitanos complementan la especie de guerra económica, ideológica, cultural que contra aquéllos libra el multisistema, con otra de tipo abierto y encubierto, en que oficialmente violan cada vez más el derecho de las Naciones Unidas y sus organismos, y en general el derecho público internacional.

Al desmantelamiento industrial de las naciones dependientes, al contra-apoyo financiero, comercial, industrial y tecnológico para el desarrollo de estos países y de sus empresas más o menos autónomas, que aparece como una especie de guerra y que es resultado de las variadas transferencias del excedente en favor de las unidades hegemónicas del multisistema, se añaden las intervenciones civiles y militares abiertas y encubiertas, a cargo de los gobiernos endeudados y de los mecanismos de seguridad militar subordinados y periféricos, y cuando éstos fallan, a cargo de las propias agencias metropolitanas, e incluso de los ejércitos metropolitanos.

La intervención civil contra la economía, la producción y el consumo no sólo tiene como objeto el impedir que aumente la competencia contra las unidades del multisistema al abatir o anular la producción de unidades competidoras locales; tiene también como objeto colocar al gobierno periférico en condiciones de creciente dependencia económica, financiera, política y militar, que va desde una dependencia cada vez mayor en materia alimentaria hasta una creciente dependencia del apoyo militar metropolitano para la continuidad de este tipo de gobiernos, con amenaza de “desestabilización” o crisis general inducida por los órganos centrales en caso de desobediencia o enfrentamiento en puntos medulares, en cuyo caso los gobiernos periféricos son derrocados mediante el uso de las contradicciones generadas por el multisistema para beneficio del mismo. La intervención militar se produce a través de las distintas mediaciones descentralizadas o locales, y de proyectos o programas especialmente diseñados para cada país o región.

El desfase de la teoría

De todos los fenómenos anteriores poco es lo que registra el pensamiento actual de las Naciones Unidas, o el pensamiento progresista de las universidades y centros de investigación superior e incluso el de los partidos y movimientos políticos más avanzados. Los análisis económicos y financieros de la crisis, los de internacionalistas sobre problemas diplomáticos, militares y económicos, los de los militares sobre “seguridad nacional” e internacional para nada toman en cuenta este tipo de realidad múltiple de empresas transnacionales, de bancos y centros financieros, y de Estados-nación con sus distintos gobiernos. Los problemas económicos se siguen viendo como problemas a analizar desde un punto de vista “monetarista” o “estructuralista”; los jurídicos y diplomáticos desde un punto de vista gubernamental, sin inclusión de las demás unidades del multisistema, y otro tanto ocurre con los militares y los culturales.

El problema se torna aún más grave en la medida en que no se entiende el carácter político-económico-militar de la crisis. Actualmente no estamos entendiendo una crisis que puede derivar de las guerras de intervención locales a una tercera y última guerra mundial.

A la incompreensión de los hechos señalados más arriba se añade la incompreensión de la crisis Este-Oeste y de la crisis del neocolonialismo. A las diferencias ideológicas en la interpretación de la crisis que se dan por las distintas posiciones que se ocupan en la geografía política mundial se añade la incompreensión, por parte de casi todos los actores, del carácter prioritario que tiene la crisis del neocolonialismo. Desde luego, en la administración Reagan esta crisis se ve con una profunda distorsión ideológica, pero incluso quienes luchan contra el neocolonialismo no siempre alcanzan a advertir la importancia universal que tiene la comprensión y solución del problema.

Si bien una de las luchas esenciales de nuestro tiempo es la lucha Este-Oeste, entendida por el pensamiento neoliberal y neoconservador como lucha entre “el mundo libre”, “la civilización occidental” y “la democracia” contra “el totalitarismo”, y entendida por el pensamiento marxista-leninista como manifestación de la lucha de clases y contradicción entre el capitalismo y el socialismo, si bien esa lucha es determinante en la historia actual, de una manera más concreta y también universal esa misma lucha se está dando al tiempo que se da otra que tiende a liquidar el neocolonialismo, esto es el tipo de dependencia mediatizada, a cargo de gobiernos y ejércitos locales, que se desarrollan en el antiguo mundo colonial de África, Asia y América Latina, y que juegan los papeles que antes jugaban los virreyes y los ejércitos coloniales, aunque con concesiones y negociaciones a veces mayores hacia ciertos sectores de las clases medias, de los trabajadores industriales e incluso de algunos agrícolas.

La crisis del neocolonialismo es la manifestación más aguda de la lucha Este-Oeste con cualquier interpretación que dé a ésta. Pero precisamente la crisis del neocolonialismo plantea los problemas más graves y las soluciones más inminentes, los problemas locales que se pueden volver universales o que pueden dar pie a la creación de nuevas estructuras económicas, jurídicas, políticas y militares, en que se recree o reconstruya la relación de las grandes potencias y las pequeñas naciones sobre bases menos desiguales y menos peligrosas para la paz y la seguridad mundial. Sólo que para alcanzar estos objetivos sería indispensable reconocer: 1) La existencia del neocolonialismo. 2) La existencia de la crisis del neocolonialismo. 3) La imposibilidad político-militar de reproducir el neocolonialismo dado el desarrollo de la conciencia y la fuerza –política, militar e ideológica– de los pueblos organizados que buscan acabar con todos sus vestigios, como el pueblo-gobierno de Nicaragua y el pueblo-frente de El Salvador. 4) La necesidad de diseñar políticas que promuevan la paz y la seguridad al nivel de los Estados-nación y la legítima y efectiva defensa

de sus unidades de producción, servicios, trabajo, finanzas frente al multisistema de dominación internacional. 5) La necesidad de diseñar políticas que enfrenten el problema de la paz y la seguridad no sólo desde las zonas de conflicto que provoca la crisis del neocolonialismo en la periferia, sino con los correlatos que luchan contra la intervención política, militar e ideológica en las propias metrópolis. Estas fuerzas hoy más que nunca tienen un significado fundamental para la paz y la seguridad de las regiones periféricas y del mundo. Objetivamente, la lucha electoral en los Estados Unidos de Norteamérica ha centrado la campaña de 1984 en un proyecto de intervención con el apoyo del pueblo de los Estados Unidos.*

Ideologización de la política

Desgraciadamente, no sólo el presidente Reagan y sus asesores, sino una gran parte de políticos y diplomáticos y la mayoría electoral del pueblo norteamericano siguen viendo los problemas de América Central con la arraigada ideología colonial que les permitió conquistar el Oeste y que les ha permitido estructurar el sistema interamericano como uno de los sistemas neocoloniales más eficaces. Al entrar en crisis el neocolonialismo interamericano en Centroamérica y el Caribe hoy, muchos de estos líderes se aferran a las viejas formas de resolver los problemas, sin darse cuenta de que ni ellos comprenden el mundo nuevo, emergente, ni de que con tamañas ideas pueden triunfar.

El problema de la incompreensión del mundo real, tanto por los dirigentes del multisistema como por los organismos que institucionalizan el conocimiento, se agrava en la medida en que a la incompreensión se añaden dos fenómenos igualmente significativos: el de los prejuicios neocolonialistas, y el de las mentiras políticas y diplomáticas. La magnitud de unos y otras y su influencia en el conocimiento “científico”, “técnico”, diplomático y de los círculos militares son tales que las reflexiones, las medidas, las concertaciones y los movimientos defensivos y ofensivos se mueven en un plano simbólico, retórico, alejado de la realidad.

La relación entre los conceptos dominantes en las potencias hegemónicas –concretamente en los Estados Unidos– y los más burdos prejuicios es muy clara. Lo es entre quienes construyen su discurso bajo la influencia de poderosas tradiciones de su forma de pensar y actuar en América Latina y en el Tercer Mundo, y de quienes intentan renovarlas sólo en la forma.

* N. E. En noviembre de 1984 se llevaron a cabo elecciones presidenciales en Estados Unidos, en las que fueron reelectos Ronald Reagan como presidente, y George H. W. Bush como su vicepresidente. La campaña de los republicanos estuvo llena de declaraciones en las que se reclamaba aún más “presencia” de Estados Unidos en América Latina y Medio Oriente. Durante su primer periodo presidencial (1981-1984), Reagan había llevado a cabo intervenciones militares y bombardeos en varios países de estas regiones: Nicaragua, El Salvador, Granada, Libia, Líbano, Egipto, Chad.

John Crothers Pollock comprobó “la persistencia, en los principales medios, de por lo menos tres perspectivas sobre América Latina que parecen ligadas a las grandes pautas de las relaciones hemisféricas” (Pollock, 1978). Llamó a la primera perspectiva “colonial”, a la segunda “tecnocrática” y a la tercera “hegemónica”. Pollock escribe:

A diferencia de la *visión colonial* que hace burlas de los gobiernos del Tercer Mundo, o de la *visión tecnocrática*, que considera a los demás como capaces de alcanzar una madurez político-económica si imitan el ejemplo de los Estados occidentales industrializados, la *perspectiva hegemónica*¹ quita legitimidad a los intentos de cambio que amenazan o impiden el liderazgo de los países metropolitanos: los dirigentes son envilecidos por una propaganda que los acusa de no responder a las demandas de la mayoría, y lo que es peor, son calumniados como inhumanos, voraces, deshonestos; las instituciones políticas son tachadas de inaccesibles, rígidas y dictatoriales sin el menor respeto a las libertades civiles; los esfuerzos por reducir la dependencia nacional son degradados de dos modos, sugiriendo que los ataques a la dependencia y los esfuerzos por la autonomía acarrearán el caos interno en lo económico y lo político, y denunciándolos como malos ejemplos que amenazan a los países industrializados (Pollock, 1978).*

Hay algo más: “la perspectiva hegemónica”, hoy prevaeciente, considera “que las fuertes protestas políticas contra la influencia de los Estados Unidos son en sí mismas amenazadoras, independientemente de la presencia o ausencia de influencias por parte de los países socialistas” (Pollock, 1978). Pero las acusa de ser “amenazadoras” y de estar necesariamente influidas por los países socialistas. En conclusión, afirma el autor, esta perspectiva resulta ser “un freno mayor del de la Guerra Fría al implicar una hostilidad general contra los cambios políticos, económicos, sociales, cuenten éstos o no con la ayuda de las poderosas naciones extracontinentales” (Pollock, 1978). Es la perspectiva que prevalece en la actual administración del gobierno norteamericano, como puede advertirse por sus múltiples declaraciones oficiales.

Sus marcos prejuiciados de interpretación y sus estereotipos se retroalimentan y refuerzan en los grandes periódicos y en general en los medios que informan sobre América Latina. Pero en realidad no se limitan a la prensa, la televisión o la radio. Se les puede descubrir también en los libros académicos y especializados. En ellos son de advertirse a menudo una burla –tal vez más sutil– del “nacionalismo” y el “populismo”; o ciertos gestos condescendientes y paternalistas con relación a los

¹ Como ocurriría en Granada.

* N. E. El 25 de octubre de 1983 el ejército de Estados Unidos, junto a soldados de otros países caribeños, invadió la isla de Granada. La invasión se desplegó después de que la campaña de desestabilización contra el gobierno de la isla produjo la deposición y asesinato del Primer Ministro de Granada, Maurice Bishop, quien lideraba el primer gobierno abiertamente marxista del Caribe anglófono, con apoyo de la Revolución Cubana y la Unión Soviética. La invasión a Granada fue la primera operación militar de Estados Unidos después de su derrota en Vietnam (1975), y desplegó en total 7,600 tropas de la Fuerza de Despliegue Rápido del Ejército, la 82ª División Aerotransportada, la Infantería de Marina, la Fuerza Delta del Ejército y los SEAL de la Armada.

esfuerzos “modernizadores” y “democráticos” de los gobiernos sudamericanos “amigos”; o las calumnias “críticas” contra los líderes revolucionarios centroamericanos y del Caribe: “tiránicos”, “voraces”, “incongruentes”, “deshonestos”. Los estudios de las estructuras y el cambio social de los expertos al servicio de la hegemonía norteamericana sufren las mismas limitaciones intelectuales que las informaciones y los comentarios de la prensa: se oponen a cualquier cambio que sea desfavorable a la reproducción de la dependencia y del multisistema neocolonial.

Si uno estudia los resultados de las investigaciones dominantes en los Estados Unidos sobre América Latina fácilmente descubre que la mayoría de sus hipótesis, categorías, variables, definiciones y conclusiones caben en los límites de las áreas oficialmente prescritas por cada administración. Así, la demanda de la administración Kennedy, durante sus primeros días, a favor de cambios en las estructuras agrarias y fiscales fue abundantemente registrada por la investigación empírica. Más tarde, cuando los políticos pusieron abiertamente sus esperanzas en los militares, los investigadores olvidaron las reformas o las relegaron a un segundo plano. Y cuando los políticos se olvidaron de los ideales de la Alianza para el Progreso, los investigadores hicieron otro tanto. Desde entonces su elogio del militarismo y de las dictaduras es un hecho constante, hoy todavía más elaborado al exaltar a éstos como regímenes autoritarios “defensores de la libertad y la democracia” que se oponen a los regímenes “totalitarios” socialistas.

La ciencia social como instrumento ideológico

El uso de las ciencias sociales para la justificación, racionalización y legitimación del autoritarismo y el militarismo refuerzan con un lenguaje aparentemente objetivo los prejuicios de los políticos y de los medios. En un libro sobre *La Política de los Estados Unidos y el Tercer Mundo*, Charles Wolf senior, experto de la Rand Corporation, trata de demostrar “empíricamente” que en América Latina “la ayuda militar tiene un efecto positivo en el desarrollo político”, que “los gastos militares per cápita son más altos en los países que tienen un orden político más elevado”, y que “los más grandes proyectos militares no parecen estar asociados a los movimientos que derivan en instituciones políticas más autoritarias” (Wolf, 1967). Según Wolf, es un supuesto del todo falso que “para ganar la contrainsurgencia” los Estados Unidos y sus aliados deben ganarse el apoyo popular. Dicho en otras palabras, el experto de la Rand Corporation afirma que los Estados Unidos no tienen ni que preocuparse por buscar el apoyo popular. Sin éste y contra éste pueden ganar la contrainsurgencia. Con “argumentos empíricos” Mr. Wolf argumenta en favor de las intervenciones políticas y militares. Pero no lo hace de una manera burda. Como “hombre de ciencia”, pide a sus lectores que conserven una sana dosis de escepticismo frente a sus conclusiones.

El problema general no queda allí. A la incomprensión actual del mundo, y a los arraigados y sofisticados prejuicios se añade el grave problema del “docudrama”, de la mentira como otro tipo de realidad política con una dialéctica en parte teatral, y sus secuencias en cuanto a la “credibilidad” o falta de credibilidad de los actores. El problema del “docudrama” no sólo es moral sino político y está relacionado con la falta de seguridad que implica la suma de la incomprensión y los prejuicios cuando éstos se refuerzan con la incomprensión de las masas y la actuación en base a los prejuicios de los líderes.

Eldon Kenworthy (1984) ha definido el “docudrama” como una realidad procesada en imágenes que el público puede absorber fácilmente mientras el gobierno procede exactamente de la misma manera en que planeaba de antemano hacerlo. El procesamiento de imágenes para las masas, que justifica las decisiones reales con argumentos imaginados distintos de la realidad circundante, permite aumentar la distancia entre las decisiones y la realidad en que dicen fundarse, no sólo para las masas sino para los *decision makers*.

El propio Kenworthy analiza de una manera rigurosa y exacta la “teatralidad” política de la invasión a Granada, una teatralidad que no sólo oculta las causas de la invasión sino sus efectos y su alcance, hasta jugar ante las masas el mismo papel que jugaba “el milagro” para sus antepasados medievales.

La trivialización de la historia actual y del conflicto, y la forma pueril de presentarla se combinan hoy con recursos retóricos muy sofisticados en que el discurso intervencionista e invasionista se apropia del lenguaje de la liberación de los pueblos (y ya no sólo del democrático o liberal) frente al tirano y al imperio –como se puede comprobar en el mensaje del 19 de julio del presidente Reagan a los jefes de Estados autónomos del Caribe, mensaje de un “liberador” que no declara la “guerra justa” del imperio tradicional, ni la de “las democracias occidentales”, sino la de los pueblos oprimidos y sus expresiones “polacas” y pastorales.*

El conjunto de la nueva parafernalia da a la vez la idea de “eficacia” y audacia, de justicia y decisión, y en general de capacidad de triunfo no sólo en una guerra contra un ejército de 1,000 hombres, como el de Granada, cuyos jefes acababan de asesinar al más respetado del pueblo, y que encabezaba a una población de no más de 60,000 habitantes, sino contra cualquier pueblo del tamaño que sea, con-

* N. E. El 19 de julio de 1984, Ronald Reagan pronunció un discurso en la Universidad de Carolina del Sur, Columbia, ante la reunión de los Jefes de Estado del Caribe. Reagan inició su discurso exaltando su estrategia de recortes presupuestales a programas sociales como una política “exitosa” y promoviendo la “ayuda económica” a los países latinoamericanos y caribeños a través del Fondo Monetario Internacional y de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (*Caribbean Basin Initiative*). Reagan concluyó su discurso legitimando la invasión a Granada como una lucha “de los pueblos

tra cualquier ejército así esté encabezado por sus mejores líderes, unidos entre sí y aliados con grandes fuerzas, tengan las condiciones políticas y militares que tengan.

Los límites de la incompreensión del mundo actual, los límites de los prejuicios colonialistas y hegemónicos que no se pueden desarraigar, y los límites de la documentira y de la teatralidad política actualizada con imágenes y enriquecida con argumentos liberadores, apuntalados también con la ideología de la “seguridad”, existen en el interior de las potencias hegemónicas, en particular de los Estados Unidos, y en los países periféricos. Es más, las imágenes erróneas del mundo que tienen los líderes conservadores e intervencionistas, sus arraigados prejuicios ineficaces, y sus mentiras televisivas, docudramáticas, no permiten a esos mismos líderes y a las masas que arrastran actuar como sus predecesores colonialistas e intervencionistas del pasado. En el fondo, esos mismos líderes consideran actuar de otra manera frente a países más grandes y más poderosos, a veces con mayor “prudencia”, otros con una fuerza y violencia mayores, en lógica de “escalada” como la que aplicaron en Vietnam.

En esas condiciones, la única alternativa viable para mantener la paz y la seguridad es que en los países hegemónicos –en especial en Estados Unidos y en Europa– las fuerzas democráticas y socialdemócratas cuestionen su propia psicología e ideología colonialista, o la que les impide presentar una alternativa interna e internacional más consistente frente a la amenaza ideológica y política guerrera del neoconservadurismo. Pero aun esa alternativa puede ser insuficiente. Al fortalecimiento de los movimientos de liberación nacional y de construcción de una nueva sociedad que se dan hoy en El Salvador y Guatemala, a la consolidación y defensa de la Revolución Cubana y la nicaragüense, que caracteriza los objetivos de los movimientos sociales de estos países, parece necesario que en los demás, los movimientos sociales que sólo pugnan por la democracia o por “profundizar la democracia y definir un mo-

democráticos” contra el totalitarismo socialista, presentando como un “deber moral” el uso de la fuerza contra los intentos cubanos y soviéticos de “socavar la libertad y la independencia”: “Podemos y debemos trabajar juntos para mejorar el bienestar de nuestro pueblo y garantizar nuestra seguridad. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para felicitar a muchos de ustedes por su valentía y liderazgo para hacer retroceder la toma del poder por los comunistas en Granada el pasado otoño. Podemos estar orgullosos de que, gracias a la unidad y la determinación de nuestras democracias, salvamos al pueblo de esa isla de conflictos; restauramos su libertad; reavivamos su esperanza en el futuro; y evitamos que el peligro y la agitación se extendieran más allá de las costas de Granada. Recordemos siempre la distinción crucial entre el uso legítimo de la fuerza para la liberación *versus* la agresión totalitaria para la conquista. Pero lo que estaba ocurriendo en Granada no era un incidente aislado. El bloque soviético y Cuba han estado dedicando enormes recursos para socavar nuestra libertad e independencia [...] Mientras tanto, tenemos la responsabilidad moral de apoyar a cualquiera que aspire a vivir en una verdadera democracia, libre de interferencias comunistas. Si los pueblos democráticos no se mantienen unidos, sin duda no podremos mantenernos solos” (Ronald Reagan, 1984, *Remarks at a Summit Conference of Caribbean Heads of State at the University of South Carolina in Columbia*, National Archives, Ronald Reagan Presidential Library and Museum).

delo alternativo de acumulación que contribuya a consolidar la democracia” (Silva Michelena, 1987),* lejos de limitarse a esos objetivos, sólo democráticos o socialdemócratas, los relacionen con la lucha contra el multisistema neocolonial en sus distintas manifestaciones: la crisis económica, política y militar del neocolonialismo, el incremento aberrante de la deuda externa y de las tasas de interés, nuevo *stamp tax* del Tercer Mundo, y la defensa de la producción y el consumo de las grandes masas de la periferia mundial. De otra manera, parece muy improbable la formulación de una verdadera alternativa a la crisis actual y a las amenazas que pesan para la paz y la seguridad no sólo en América Latina sino en el mundo. Si el equilibrio del terror lleva a la guerra nuclear, una forma de romperlo consiste en impulsar la descolonización del mundo y en imponer una política nueva: que no vaya del colonialismo al neocolonialismo, sino de éste a la soberanía como realidad. Apoyar a los pueblos que libran esta lucha parece ser la única alternativa de una paz que implica destruir el multisistema neocolonial a partir de sus puntos más débiles.

Bibliohemerografía

- KENWORTHY, Eldon (1984), “Grenada as theater”, en *World Policy Journal*, primavera.
- POLLOCK, John Crothers (1978), “An Anthropological Approach to Mass Communication Research: The U. S. Press and Political Change in Latin America”, en *Latin American Research Review*, vol. 13, núm. 1.
- SILVA MICHELENA, José Agustín (1987), “Transnacionalización económica, paz y seguridad en América Latina”, en José Agustín Silva Michelena (coordinador), *Paz, seguridad y desarrollo en América Latina*, Venezuela, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales/Universidad de las Naciones Unidas/Nueva Sociedad.
- WOLF, Charles (1967), *United States Policy and the Third World: Problems and Analysis*, Boston, Little Brown.

* N. E. El texto de Silva Michelena se publicó junto con el de Pablo González Casanova en el mismo volumen, *Paz, seguridad y desarrollo en América Latina*.